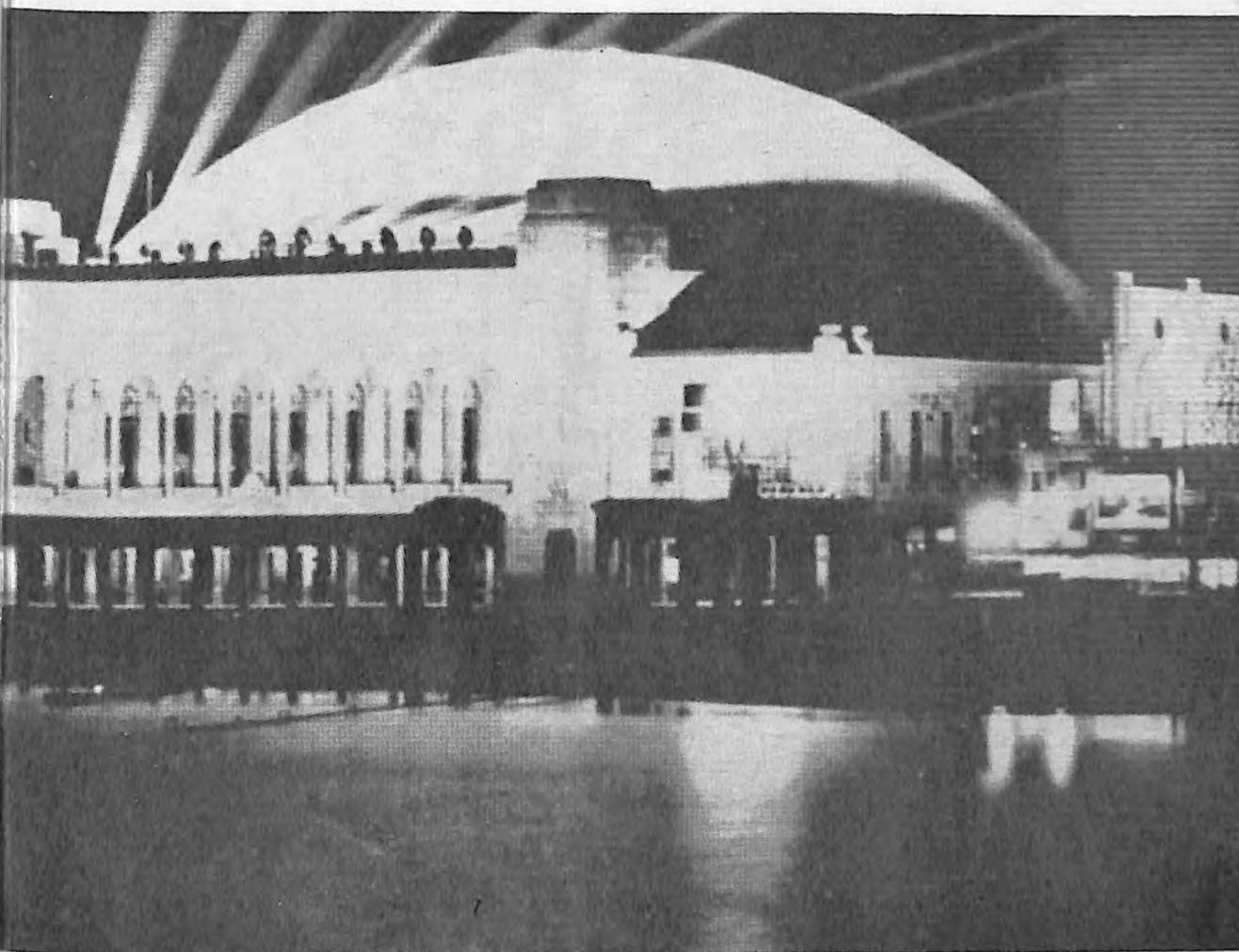


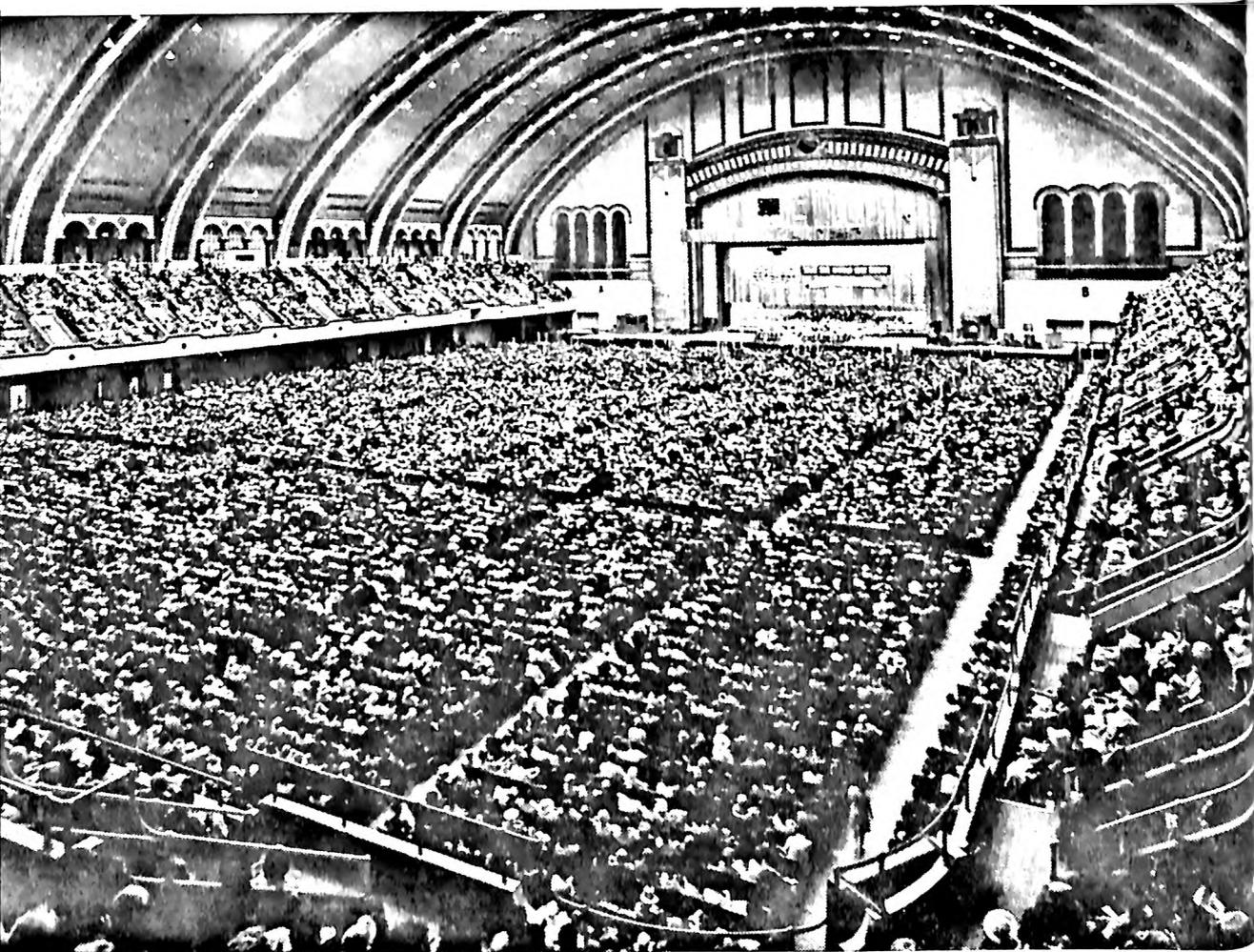
El
Ministerio

Adventista



CONCILIO MINISTERIAL EN ATLANTIC CITY

MARZO - ABRIL DE 1971



GRAN REUNION EN ATLANTIC CITY

Cuando este número de EL MINISTERIO ADVENTISTA llegue a sus lectores, habrán pasado ya muchos meses desde la realización de la magna reunión de Atlantic City. Pero los frutos quedan. Miles de obreros de todo el mundo llenaron el Ballroom para seguir paso a paso el Concilio Ministerial, que en esta ocasión tuvo mayor asistencia que todos los realizados anteriormente.

Destacados predicadores ocuparon el púlpito para presentar mensajes vibrantes en relación con la obra de "preparar a un pueblo" para la venida de Jesús. En este número transcribimos cuatro de los mensajes más sobresalientes, acerca de la función que el Espíritu Santo tendrá en la culminación de la obra para este tiempo. Ojalá que su lectura y la meditación sobre su contenido produzca en todos una convicción más profunda del inmenso privilegio que encierra el pertenecer al pueblo que hoy predica el postrer mensaje de misericordia.

toda su pureza. Creemos que el hombre del siglo XX y su problema, es el mismo del siglo I y que la solución es idéntica. Ha variado la forma, pero en el fondo las causas son las mismas. Por eso clamamos por un nuevo Pentecostés, un nuevo Aposento Alto. Eso dará a la iglesia el poder que se extinguió con el rodar de los siglos.

Pero, ¿tendremos una idea clara de lo que buscamos? ¿Sabremos claramente qué es un reavivamiento, qué lo producirá y cuáles serán sus frutos? ¿No habrá peligro de confundir un reavivamiento con un "emocionalismo" superficial y pasajero? Y al no lograrlo por ese camino, ¿no habrá el peligro de buscar otros métodos que nos aparten de nuestra misión, como el *aggiornamento* apartó de la suya a muchos de quienes lo buscaban sin entenderlo?

Analicemos algunos hechos de interés. Primero: el reavivamiento no es sinónimo de espíritu de oración *solamente*. Una ilustración: Visitábamos hace algunas semanas una ciudad sudamericana, en la que nuestra iglesia es vecina de otra cuya característica principal es el fervor de sus miembros, quienes pasan hasta tres y cuatro noches seguidas en vigiliadas consistentes en cantos, oraciones y testimonios. Nuestro pastor, señalándonos aquella iglesia nos dijo: "Admiro a esa gente. Tienen un fervor impresionante, no los amedrenta ni el frío ni el sueño en sus largas noches de vigilia. Hombres, mujeres y niños amanecen cantando y orando".

Al día siguiente nos encontramos con un caballero que nos dijo: "Soy un ferviente admirador de su iglesia por la calidad de los miembros que la forman. Son gente excepcional, un verdadero ejemplo para la comunidad. No me gustan sus vecinos, pues pasan en constantes peleas, y sus divisiones son verdadero escándalo aquí".

¿Cómo armonizar ambas declaraciones? Es sencillo. Cuando Juan el Bautista hablaba a Herodes de su pecado, éste "le escuchaba de buena gana y hacía muchas cosas" (Mar. 6: 20), pero no lo que debía, es decir dejar de hacer lo malo. Los fariseos "hacían largas oraciones" (Mat. 23: 14) pero Jesús dijo que éstas eran sólo para ocultar pecados. Sus oraciones no los acercaban a Dios, pues eran algo exterior, de labios y no de corazón, sin el necesario complemento del abandono del pecado. El hecho de orar solamente, aunque implique sacrificio, no trae automáticamente el reavivamiento.

Segundo: el reavivamiento no es sólo *actividad*, acción. La historia registra casos de predicadores, algunos adventistas

entre ellos, que eran activísimos en la obra, pero que tenían pecados acariciados a los cuales se aferraban. El tiempo se encargó de revelar su verdadera identidad. Ha habido laicos dinámicos y activos que incluso han ocupado cargos directivos en la iglesia, pero cuya acción no era complementada con una pureza interior o un abandono del pecado.

El reavivamiento tiene ambas características unidas. No es actividad *solamente*, pero es actividad. No es sólo pasividad, meditación, aunque tiene algo de reposo, de quietud. No es sinónimo de monasterio, de ermita, aunque tiene algo de lo que allí se ve.

El reavivamiento es oración que conduce a la acción. Por eso el reavivamiento es reforma también. El hombre siente la necesidad de que una nueva corriente espiritual circule por su vida y la pide a Dios en oración. Dios le revela su verdadera condición. Si es sincero, no queda simplemente lamentando el hecho de ser un pecador —pues eso crearía en él un complejo de culpabilidad— sino que va más allá. Fortalecido por la gracia divina abandona el pecado y recibe fuerzas para no volver a caer más en él. Examina su vida y saca de allí —sin sentimentalismo o arrobamiento— por la gracia de Dios, todo pecado y empieza una nueva vida. Así se produce el reavivamiento.

Hemos visto algo parecido en relación con el hábito de fumar. Algunos hacen del abandono del vicio una experiencia con base sentimental, quizá trágica. Pienzan tanto en el asunto y luchan tanto que al final dejan el cigarrillo, pero padecen una neurosis o una depresión emocional. Otros, en cambio, al ser conscientes de los males de su proceder, deciden dejarlo. Dicen "No fumo más" y asunto concluido. Dedicando entonces sus pensamientos a algo constructivo y ya no les molesta más el hábito. A veces se denomina santidad o consagración a un estado de neurosis fruto de un sentimentalismo enfermizo. No es éste el reavivamiento que buscamos.

En nuestro caso como ministros de Dios, ¿cómo lograremos el anhelado despertar? Orando sincera y profundamente. Pero acto seguido, abandonando todo pecado conocido. Todo es obra, claro está, del Espíritu Santo, pero éste no anula nuestra voluntad sino que nos da poder para sintomatizarla en la misma onda de Dios. "El obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros" (1 Sam. 15: 22).



Para Preparar un Pueblo

N. R. DOWER

Director de la Asociación Ministerial
de la Asoc. General

¿CUAL es la meta última de nuestra misión como iglesia? ¿Cuál es el objetivo final de nuestro ministerio como modernos apóstoles de Jesucristo? ¿Es finalizar la obra, o cambiar el mundo, o hacer manifestaciones en favor de la paz, o presionar por reformas sociales y la verdadera igualdad racial? ¿Es predicar con poder el triple mensaje angélico, o llenar la iglesia y reunir los 144.000? ¿Es inundar el mundo con nuestras hermosas publicaciones o fomentar y sostener el ponderable programa de educación cristiana? ¿Es proporcionar las mejores y más mo-



En la vida de todo ministro hay tal vez faltas más o menos comunes que deberíamos eliminar sin vacilar. Una de ellas es la crítica. Sabemos que es dañina, que perjudica tanto al que es blanco de ella como a su autor. Puede haber noches enteras de oración formal en la vida de personas que tienen el hábito de la crítica y se beneficiarán poco y nada a menos que haya abandono de la falta. "El espíritu de oración animará a cada creyente, y el espíritu de discordia y de revolución será desterrado de la iglesia" (*Joyas de los Testimonios*, tomo 3, pág. 254). "Vi que los hijos de Dios aguardaban a que sucediese algún cambio, y se apoderase de ellos algún poder compelente. Pero sufrirán una desilusión, porque están equivocados. Deben actuar; deben echar mano del trabajo y clamar fervorosamente a Dios para obtener un conocimiento verdadero de sí mismos" (*Servicio Cristiano*, pág. 55).

Cuando llega la primavera y todo comienza a revivir, hay quienes se dedican a

escribir hermosos versos loando las virtudes de esa estación hermosa. El agricultor, en cambio, comienza a arrancar las malas hierbas que también brotaron y que amenazan ahogar la cosecha que quiere tener para el verano. Frente a la reforma y al reavivamiento anhelados, podemos elaborar y predicar hermosos sermones, pero eso ejercerá menos influencia que si nos dedicamos primero a poner nuestra vida de acuerdo con el ideal divino. Predicaremos sobre las glorias que vendrán, pero diremos en nuestros sermones que "la santidad no es arrobamiento" ni "éxtasis espiritual en circunstancias extraordinarias", sino "una entrega completa de la voluntad a Dios" (*Id.*, pág. 292).

Cuando eso suceda en toda la iglesia, el Espíritu Santo caerá como una lluvia bienhechora. Entonces se verán prodigios que ni imaginamos y Jesús vendrá. Somos nosotros, los ministros de la iglesia, quienes debemos iniciar y ser los líderes en esta obra.—*Rubén Pereyra.*

dernas instituciones médicas atendidas por los consagrados hombres y mujeres comprometidos en dar sanidad al hombre, o proyectar una buena imagen pública haciendo el bien —alimentando al pobre, visitando al desnudo, consolando al triste y liberando a los cautivos de sus hábitos esclavizadores?

Todas estas cosas son buenas e importantes. Ni por un momento subestimaría su valor para la iglesia en el cumplimiento de su misión. Pero ninguna de esas cosas individualmente, ni todas ellas juntas constituyen la meta última de la iglesia en el mundo de hoy. Esta meta está expuesta en forma clara, positiva y terminante por el ángel Gabriel cuando bosquejó la misión de Juan el Bautista.

“E irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto” (Luc. 1: 17).

Esta es nuestra vitalísima misión como iglesia y como ministros de Jesucristo. Abarca mucho más que llegar a ser simplemente cristianos. Significa mucho más que creer en la Biblia o aceptar “la verdad”. Significa mucho más que comprender las profecías. Incluye más que ser miembro de la iglesia. Significa más que estar colocado en una alta posición en la iglesia o hacer una buena profesión. Significa más que ser aceptado por nuestros iguales, más que la buena obra y mucho más que las grandes acciones.

Podríamos llenar todos los requisitos necesarios para lograr todas las cosas. Podríamos llenar nuestras iglesias con gente sabia e influyente. Podríamos atrapar la imaginación de la juventud de hoy y realizar muchos milagros en el nombre de Cristo, y aún así no estar listos nosotros ni haber tenido éxito en preparar un pueblo para el Señor.

Estar listos, preparados para el Señor, exige en primer lugar una sincera y plena confesión del pecado y un arrepentimiento profundo y sentido. Luego, exige un abandono del pecado, un deliberado abandono y una ruptura de toda relación con el mismo. En tercer término, exige una victoria sobre el pecado. Y en cuarto lugar una muerte al pecado. Tenemos la sagrada misión y el privilegio de experimentar primero esto por nosotros mismos y entonces, por la gracia de Dios, guiar a nuestro amado pueblo, viejos y jóvenes y otros muchos todavía en el mundo a que también experimenten lo mismo. Esto significa representar al Señor Jesucris-

to. Significa ser transformados de modo que podamos reflejar plenamente la imagen de Jesús. Significa preparar un pueblo completamente apercebido, absolutamente seguro para llegar al cielo. Nada menos que esto es suficiente. No se requiere nada menos. Este tipo de ministerio —comprometido con esta clase de misión— exige:

1. *Un nuevo arrepentimiento.* El mensaje de Juan el Bautista era: “Arrepentios porque el reino de los cielos se ha acercado”. Este es el primer deber de nuestros ministros, y nosotros debemos hacer “frutos dignos de arrepentimiento”. Luego debemos proclamarlo, como el apóstol Pedro lo hace tan claramente en 2 Pedro 3: 9. El apóstol Pablo añade otra dimensión a esto cuando dice que debemos llamar al “arrepentimiento para con Dios y... fe en nuestro Señor Jesucristo”. Se requieren ambos.

Debe haber un arrepentimiento genuino y sincero por la negligencia con la cual a veces consideramos nuestra obra y por la indiferencia con que la realizamos. Necesitamos arrepentirnos debido a nuestra mundanalidad y materialismo, nuestra falta de sentido de misión e interés, nuestra tibieza y egolatría, nuestro fracaso en predicar la Palabra de Dios y sentar el ejemplo correcto en todas las cosas. Necesitamos arrepentirnos debido a nuestra indulgencia y laxitud personal. Se necesita un arrepentimiento debido a nuestra adúltera adhesión a la mediocridad y nuestro insaciable apetito por la reputación y el reconocimiento. Necesitamos arrepentirnos por nuestro culto a la posición y la grandeza y por nuestro orgullo y la búsqueda de la estima propia y por nuestro prejuicio. Necesitamos arrepentirnos debido a nuestra falta de amor por Jesucristo y por las almas por quienes él murió.

2. *Nuestra misión exige una nueva moral*—no en el sentido en que el mundo emplea tales términos, sino una moral distinta en la que la honradez genuina, la pureza y la veracidad se transformen en una manera de vivir. Debemos ser absolutamente íntegros con nosotros mismos, íntegros con los hombres, íntegros con Dios y aun con los gobernantes —íntegros en toda manera de proceder, en cada cosa, con cada uno.

Debemos ser *puros*. Puros hasta el punto de ser moralmente limpios en pensamiento y obra. En el Salmo 24, versículos 3 y 4, se formula la pregunta: “¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo?” y viene la respuesta: “El limpio de manos y puro de corazón”. Esto incluye pureza de pensa-



miento, como pureza en el habla, pureza de actos, pureza de motivos, pureza de relaciones entre hombres y mujeres. Nuestra definición de amor no debe contemplar ningún aspecto concupiscente, porque como alguien dijo: "Los fuegos de la concupiscencia no son fuegos purificadores".

Debiéramos destacarnos por nuestra veracidad: "En sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios". Esto significa no falsedad, no engaño. La gran necesidad del mundo en la actualidad es la de "hombres que sean sinceros y honrados en lo más íntimo de sus almas". Para vosotros, queridos colegas, esto significa absoluta seguridad en vuestra prédica de la Palabra de Dios y en vuestro manejo de las cosas sagradas.

Phillips Brooks en su libro sobre la predicación nos advierte sobre otro serio aspecto de este asunto. Habla acerca de los "clérigos bufones". Al identificar a uno de ellos dice: "Está lleno de chistes bi-

blicos. Trata con lo sagrado como si fuera común. Pone sus manos sobre las cosas más sagradas y contamina todo lo que toca". Demasiado a menudo nuestros oyentes se han entristecido en la medida en que esto se ha manifestado en el ministerio. Es importante que maneemos la Palabra de Dios no sólo con veracidad sino con reverencia.

Este tipo de ministerio exige una *nueva reforma*. Esta es una de las grandes necesidades actuales de nuestra iglesia —es también nuestra necesidad. Nadie puede leer seriamente 2 Crónicas 7: 14 sin llegar a esta importante conclusión.

"Deben realizarse un reavivamiento y una reforma bajo la ministración del Espíritu Santo. Reavivamiento y reforma son dos cosas diferentes. Reavivamiento significa una renovación de la vida espiritual, una vivificación de las facultades de la mente y del corazón, una resurrección de la muerte espiritual. Reforma significa una reorganización, un cambio en las ideas y teorías, hábitos y prácticas" (*Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 149).

4. Esta clase de ministerio exige una *nueva inspiración*. Lo que debe suceder es el retorno a nuestro primer amor y a toda la devoción, a todo el fervor y todo el celo que lo acompañan. "Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente. Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti" (Sal. 51: 12, 13).

La inspiración de Isaías provino de su visión de Cristo, y esto fue lo que cambió completamente su vida. Eso también fue lo que sucedió en el caso de Moisés, porque se nos dice que "se sostuvo como viendo al Invisible" (Heb. 11: 27). Esa fue también la inspiración de Pablo. Oigámoslo testificar ante Agripa: "Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial" (Hech. 26: 19). Nos dice que ésa también debe llegar a ser nuestra inspiración. "Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, *puesto los ojos en Jesús*". A esto la sierva del Señor agrega: "Si mantenemos al Señor constantemente delante de nosotros, permitiendo que nuestros corazones expresen el agradecimiento y la alabanza debidos, tendremos una frescura perdurable en nuestra vida religiosa" (*Palabras de Vida del Gran Maestro*, pág. 118). Esta es la inspiración que todo ministro necesita mientras busca completar la comisión de su Señor.

5. Esta clase de ministerio exige una *nueva convicción*. Esto debe manifestarse

en nuestro ministerio de muchas maneras y en muchas cosas. Esta es la iglesia de Dios, éste es su mensaje. Hemos sido llamados y enviados en nuestra misión por Dios. Esta debe ser la convicción abrumadora de nuestro corazón.

Una de las maneras en las que Laodicea manifiesta su tibieza es por su incapacidad de distinguir claramente entre lo correcto y lo incorrecto, entre la verdad y el error. Las cosas se tornan confusas y borrosas. Veremos a los hombres andando como árboles (Mar. 8: 24). La diferencia entre lo importante y lo que no lo es, entre las cosas grandes y las pequeñas, entre lo que vale la pena y lo chillón y barato —éas son las consideraciones vitales de nuestro tiempo.

¡Dios, danos hombres de convicción!

Debemos llegar al punto donde a despecho de nuestro interés personal, no queden dudas en cuanto a la posición que sostenemos. "La mayor necesidad del mundo es la de hombres que no se vendan ni se compren. . . hombres que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos".

6. Esta clase de misión exige una nueva certeza, una nueva confianza en el Señor, en su iglesia, sus enseñanzas y liderazgo. Necesitamos esto desesperadamente si queremos ser capaces de convencer a la gente de que tenemos para ofrecerles algo mejor de lo que han tenido hasta aquí. Debemos tener esto si esperamos llevarles la salvación en Cristo Jesús. Debemos ahuyentar nuestras dudas y aferrarnos a lo seguro.

De Cristo se dijo: "¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!" La razón era que "les enseñaba como quien tiene autoridad" El ministro debe trazar su ministerio de acuerdo con el modelo de su Maestro. Oigamos estas positivas declaraciones:

"Es tan cierto que tenemos la verdad como que Dios vive" (*Joyas de los Testimonios*, tomo 1, pág. 705).

"Las verdades que presentamos de la Biblia son tan firmes e incommovibles como el trono de Dios" (*Mensajes Selectos*, tomo 2, pág. 99).

"Yo sé que la cuestión del santuario se apoya en la justicia y la verdad, precisamente como lo hemos sostenido durante tantos años" (*Counsels to Writers and Editors*, pág. 54).

"Tenemos una verdad que no admite transigencias. ¿No repudiaremos todo lo que no esté en armonía con esa verdad?" (*Mensajes Selectos*, tomo 1, pág. 239).

"Una secuencia de verdad que se extendía desde ese tiempo hasta cuando entramos en la ciudad de Dios me fue aclarada, y yo comuniqué a otros las instrucciones que el Señor me había dado" (*Id.*, pág. 241).

Esta certeza debe convertirse en un motivo de estabilidad para nosotros. Más allá puede haber nuevas revelaciones de esta verdad, nuevas perspectivas, luz nueva y más radiante, pero nunca habrá un cambio o una negación de la misma.

En nuestro ministerio evangelístico actual confrontamos un gran mal. No es como algunos afirman categóricamente, nuestro fracaso o incapacidad para interpretar correctamente la Escritura o la profecía, sino el peligro de que lleguemos a estar tan inseguros de nuestro mensaje que fracasemos en predicarlo con sentido evangélico.

7. Esta clase de ministerio y misión exige una nueva claridad. El consejo que Dios ha dado al ministerio de esta iglesia es "hacedlo sencillo, hacedlo claro, hacedlo seguro". No hagamos confusión en nuestro bello mensaje con términos que no pueden ser comprendidos. Ni lo oscurecamos con filosofía humana o le cambieemos el color con vulgarismos de nuestro tiempo, ni le quitemos su gracia vistiéndolo con charla barata o anécdotas de lugares comunes. Quizá no siempre podamos ser profundos, pero no hay ninguna razón por la que no podamos ser siempre claros.

El cielo que predicamos es más que el goce de algún placer sensual. El infierno es más que un simple asador. El armagedón es más que una guerra fría eclesiástica. El granizo de las siete últimas plagas es más que trozos fríos de teología. El juicio es más que el tribunal de una ciudad. El santuario es más que algo impreso en papel. Nuestra pecaminosidad es más que un inocente viaje al situacionismo y al conformismo. Nuestro Salvador es más que un practicante de psiquiatría. Nuestra purificación es más que un blanqueo.

8. Nuestro ministerio exige una nueva urgencia. No debíamos permitir que nada, absolutamente nada, nos distraiga o detenga en nuestra misión, ni la cómoda tibieza de nuestras iglesias con su seguridad y serenidad, ni el antagonismo y la amarga oposición del demonio y sus agentes debíamos permitir que nos distraigan.

Cada día trae nuevas y más claras evidencias de que el tiempo es sumamen-

te corto. Leamos las profecías de Daniel y Apocalipsis. Leamos *El Conflicto de los Siglos* y no podremos dejar de ver en detalle el exacto cumplimiento profético de los sucesos que indican la venida del Señor.

En vista de estas cosas debiera poseisionarse de nuestra alma una nueva urgencia. Y ésta debiera evidenciarse por el tono de nuestras voces, por la firmeza con que nos aferramos al Señor, por la valentía de nuestro testimonio, por la total entrega de nuestras vidas para el cumplimiento total de nuestra misión.

"Y dije: no me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude" (Jer. 20: 9).

9. El cumplimiento de nuestra misión en la actualidad exige *un nuevo Pentecostés*. Esta experiencia que buscamos es tremendamente solemne, a la par que gloriosa. Debemos prepararnos para la misma con fervor y gran celo, y predicar de ella. Debemos reunirnos en grupos, conjuntos e iglesias y rogar por ella y vendrá. Esto es tan cierto, como el hecho de que Dios existe. *Con ella*, es decir con esta promesa, la obra de Dios cundirá como fuego en el rastrojo; miles se convertirán; se obrarán milagros y la obra de Dios será terminada, y Jesús regresará. *Sin ella*, estamos condenados a seguir en este mundo mucho más tiempo del que Dios se propuso.

10. Finalmente, exige *una nueva demostración*. —Una potente, convincente e impelente demostración. Una vez más el Verbo se debe hacer carne. La gente debe contemplar su gloria en su pueblo. *Nosotros* debemos "vestirnos de la doctrina de Dios nuestro Salvador en todas las cosas". Esta clase de demostración es la que realmente necesita cautivar la dedicación de nuestro pueblo y de nuestros ministros en la actualidad.

"En visiones de la noche pasó delante de mí un gran movimiento de reforma en el seno del pueblo de Dios. Muchos alababan a Dios. Los enfermos eran sanados y se efectuaban otros milagros. Se advertía un espíritu de oración como lo hubo antes del gran día de Pentecostés. Veíase a centenares y miles de personas visitando las familias y explicándoles la Palabra de Dios. Los corazones eran convencidos por el poder del Espíritu Santo, y se manifestaba un espíritu de sincera conversión. En todas partes las puertas se abrían

de par en par para la proclamación de la verdad. El mundo parecía iluminado por la influencia divina" (*Joyas de los Testimonios*, tomo 3, pág. 345).

Esto, queridos hermanos, es lo que se necesita. Por eso estamos en el mundo. Por eso tiene Dios una iglesia remanente. Por eso hemos sido divinamente escogidos y ordenados al ministerio. Por eso estamos en Atlantic City como apóstoles de Jesucristo. "La eficacia y el poder que acompañarán a un ministerio realmente convertido hará temblar a los hipócritas en Sión y temer a los pecadores" (*Testimonios*, tomo 4, pág. 528). "Mediante la iglesia se manifestará con el tiempo, aun a 'los principados y potestades en los cielos' (Efe. 3: 10), el despliegue final y pleno del amor de Dios" (*Los Hechos de los Apóstoles*, pág. 9).

Este es un cuadro que Dios está esperando ver que se cumpla. Esta debe ser nuestra demostración. Marchemos como un pueblo unido en perfecta unidad, lleno de santo celo, avanzando para revelar a todos los hombres en todas partes la manifestación plena y final del amor de Dios. Esta es la verdadera igualdad, la verdadera hermandad, el verdadero compañerismo, la verdadera aceptación. Han desaparecido los muros de separación, se han derrumbado todas las barreras. Ha sido contestada la oración del Salvador de Juan 17.

Ghandi, el gran dirigente de la India, se debatió por un largo tiempo entre ser hindú o cristiano. Después que tomó su decisión alguien le preguntó por qué no se había hecho cristiano. Su respuesta significativa y trágica fue: "Me hubiera hecho cristiano si no hubiera sido por los cristianos".

¿Es eso lo que anda mal en la iglesia cristiana de hoy? ¿Es ésa la razón por la que todavía estamos en este triste y turbado mundo? ¿Describe esto a nuestro ministerio y feligresía adventista? ¿Estamos alejando a hombres y mujeres de Cristo en vez de acercarlos a él? ¿Estamos demorando su venida en lugar de apresurarla? Estas son preguntas solemnes y merecen una respuesta sincera. Mientras estemos en este lugar unos pocos días tomemos tiempo para orar y estudiar con fervor; busquemos al Señor para una completa victoria sobre el pecado y por el potente refrigerio de la lluvia tardía. Preparemos así, un pueblo para el Señor.==

El Hogar Lleno del Espíritu

M. C. TORKELSEN

Presidente de la Asoc. Central de California

NO SE necesita mirar u oír mucho para darse cuenta de que el mundo de la actualidad está lleno de terribles problemas. Se designan comisiones, se nombran grupos de trabajo y se refuerzan los elementos de seguridad en un intento por controlar a una generación rebelde y desmandada. A una generación de confusión, llena de paradojas, donde la gente es más inteligente que nunca antes y sin embargo no encuentra respuestas; más rica que nunca pero con más pobreza por todas partes; que produce más alimento que nunca pero donde hay más gente hambrienta que antes. Nuestro mundo está enfermo y busca a tientas y desesperadamente una solución para sanar sus males mediante legislaciones que contemplen más atención médica y seguridad social, más ayuda estatal para la educación, más dinero para la exploración espacial y la defensa nacional, sólo para comprobar que esos intentos fracasan y que los problemas siguen multiplicándose.

Es evidente que el problema encierra una falacia de secuencia. El proverbial orden de "el carro delante del caballo" va a la raíz misma del dilema. Los apremiantes problemas de la sociedad actual se pueden rastrar perfectamente en la ruptura de sus hogares. "La influencia de una familia mal gobernada se difunde, y es desastrosa para toda la sociedad. Se acumula en una ola de maldad que afecta a las familias, las comunidades y los gobiernos" (*El Hogar Adventista*, pág. 27). "El bienestar de la sociedad, el éxito de la iglesia, la prosperidad de la nación, dependen de las influencias que reinan en el hogar" (*Consejos para los Maestros*, pág. 303).

Hace unos seis mil años un Creador omnisciente habló para crear (Sal. 33: 6, 9) y poner en movimiento un mundo natural perfecto y establecer la unidad básica de la sociedad terrena, el hogar. A los componentes de ese hogar se les dieron ciertas indicaciones y reglas para que fueran felices. De un modo semejante se les concedió la facultad de escoger su modo de proceder. Bebieron del agua pura del Edén, comieron del árbol vivificante, mantuvieron una comunicación

directa con el Creador y manifestaron una dedicación leal e indivisa el uno hacia el otro. Luego vino el funesto día en que un intruso, el enemigo de las almas, se aprovechó de un momento oportuno para lanzarse contra este primer hogar perfecto tentando a Eva a quebrantar las reglas. Hallándose sola y sin el apoyo de su compañero, sucumbió y así comenzó la triste cuenta de la degeneración progresiva de la humanidad. El mismo enemigo continúa sus ataques frenéticos de la misma manera en la actualidad, desordenando nuestros hogares, introduciendo cuñas entre esposos y esposas, entre padres e hijos. El resultado es igualmente trágico cuando los esposos y las esposas son negligentes o fracasan en beber de las cisternas de las aguas vivas y comer del pan de vida, para mantener una relación viva con el Creador.

Hace más de cuatro milenios que Dios vio que todo designio del corazón del hombre era malo, y le pesó haberlo creado (Gén. 6: 6, 7). Los seres humanos comían y bebían, se casaban y se daban en casamiento (Mat. 24: 38). Los hogares y la norma moral de Dios habían sido derribados. A Noé, un hombre justo que caminó con Dios (Gén. 6: 9), se le dijo que construyera un arca para salvar un remanente de humanidad, que soportaría un diluvio devastador que destruiría hasta lo último.

Avanzamos en los siglos de la historia sagrada y encontramos registros en los que nuevamente vacila el carácter sagrado del hogar. Esta vez fueron las ciudades de Sodoma y Gomorra. Los habitantes habían llegado a ser penosamente malvados (Gén. 18: 20), y a pesar de los ruegos intercesores del patriarca Abrahán, Dios destruyó esas ciudades con fuego y azufre (Gén. 19: 24).

Nos encontramos otra vez hoy al borde de una culminación catastrófica al observar que en los datos estadísticos de nuestra sociedad los divorcios igualan en número a los casamientos. Incontables decenas de niños se ven forzados a vivir una situación familiar que no es ni por lejos natural y en verdad nunca estuvo en los planes de Dios. Nos produce un temblor contemplar que la fibra moral de la humanidad se desmorona en crime-

nes en las calles, tumultos en las universidades y rebelión en las naciones. Ya es tiempo de que coloquemos "el caballo delante del carro" y dirijamos una seria mirada a nuestros hogares.

Si pudiésemos aislar el problema del hogar de la sociedad y declarar a todos los adventistas inmunes a los dardos de fuego del maligno en lo que se refiere a sus hogares, todos dormiríamos mejor a la noche. El hecho es que los problemas del mundo y de nuestro país contribuyen a hacer más desagradables los problemas de nuestra iglesia. La fortaleza o la debilidad del adventismo radica inequívocamente en la condición de los núcleos familiares que componen nuestra feligresía. "En el hogar se echa el fundamento de la prosperidad que tendrá la iglesia. Las influencias que rijan la vida familiar se extienden a la vida de la iglesia" (*El Hogar Adventista*, pág. 287). Una familia bien ordenada y disciplinada influye más en favor del cristianismo que todos los sermones que se puedan predicar" (*Id.*, pág. 27).

Uno no puede dejar de observar el hecho de que cerca de cuarenta páginas del *Index* de los escritos del espíritu de profecía están dedicadas a catalogar las citas sobre el Espíritu Santo y el hogar. Sólo podemos sacar en conclusión que el gran Dios del universo ha subrayado intencionalmente este asunto.

Examinemos juntos el consejo inspirado. Dios habló mediante David en el Salmo 127: 1 diciendo: "Si Jehová no edi-

ficare la casa, en vano trabajan los que la edifican", y en el versículo 3 del mismo Salmo leemos: "He aquí, herencia de Jehová son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre". Las responsabilidades parentales serían de temer si no mediaran las promesas y el consejo de Dios. Aun con su consejo el desafío se mantiene.

La relación de amor de Dios con el hombre tiene mucho en común con las relaciones entre esposos y entre padres e hijos (Col. 3: 18, 19; Efe. 5: 33). El ingrediente más importante en un hogar lleno del Espíritu es el amor.

El hogar lleno del Espíritu debe comenzar con un esposo lleno del Espíritu y con una esposa llena del Espíritu. Esas



condiciones no se dan cumplidas porque sí. Demandan esfuerzo diligente de parte de cada uno. "El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no es indecoroso, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta" (1 Cor. 13: 4-7). Esta es la definición que Dios hace del amor y presenta la fórmula que mantendrá seguro el vínculo matrimonial. El éxito sólo puede garantizarse si se tienen en cuenta ciertas normas cuando se establece un hogar. "El amor no puede durar mucho si no se le da expresión. No permitáis que el corazón de quienes os acompañen se agoste por falta de bondad y simpatía de parte vuestra" (*El Ministerio de Curación*, pág. 278). Inclúyase a Jesús como tercer integrante de esa empresa y que la diaria comunicación sea con y a través de él. Establézcase una norma de culto. Quizá haya que hacer ajustes en el programa personal, pero es esencial que la familia mantenga contacto diario con su Hacedor.

En su libro *A Second Touch*, página 42, Keith Miller habla del problema que tenían en su familia tratando de ordenar el asunto del culto. Lo llamaron "la hora de la familia" y decidieron organizar un programa rígido para llevarlo a cabo todos los días después de la cena. El teléfono sonaba constantemente, había que limpiar la mesa, lavar los platos. Las tareas domésticas se prolongaban y todos iban a la cama tensos y malhumorados. De pronto comprendieron que no era Jesús el que necesitaba tener un altar familiar en la casa, era la familia Miller. Descubrieron que para ellos era mucho mejor, por su situación, tener un momento de regocijo y descanso espiritual juntos antes de acostarse.

Con frecuencia en nuestra ansiedad por hacer las cosas bien podemos destruir el bien que intentamos realizar. Lo importante es que permitamos que los elementos del amor nos unan como familias temerosas de Dios que oran.

Probablemente el momento más crítico en la experiencia de un hogar es cuando llegan los hijos y nos encontramos siendo padres. La excitación y la emoción de la paternidad es sin igual, pero cuando aquel "manejo de dicha" hace conocer sus necesidades físicas sin tener en cuenta la hora del día o la comodidad de los padres, es probable que aparezca la tensión entre los padres o entre los padres y el hijo. No es hazaña pequeña mantener el

espíritu de Cristo durante este periodo de ajuste. Más de un problema hogareño puede tener su origen en este particular periodo de la experiencia matrimonial. Las atenciones deben compartirse en adelante; ha nacido una nueva dimensión de la vida. Dios en su providencia debe haber previsto las oportunidades para desarrollar el carácter que proporciona la educación de la familia. Desde el momento en que un niño llega al hogar, los padres deben ser doblemente cuidadosos con sus palabras y su influencia. Podemos tener éxito únicamente si recabamos del Señor fortaleza y orientación. "Los hijos serán en gran medida lo que sean sus padres" (*El Ministerio de Curación*, pág. 287). Si nuestros hogares han de ser verdaderamente llenos del Espíritu, todo miembro de la familia sentirá la necesidad de tener a Jesús en el corazón. "Cuando Cristo está en el corazón, se le trae a la familia. El padre y la madre sienten cuán importante es vivir en obediencia al Espíritu Santo para que los ángeles celestiales, quienes sirven a los que han de heredar la salvación, los atiendan como maestros en el hogar y los eduquen y preparen para la obra de enseñar a sus hijos" (*El Hogar Adventista*, pág. 291).

Nunca se puede hablar en demasía del factor amor entre los miembros de la familia. Hace algún tiempo se realizó un extenso estudio sobre bebés e infantes, y en el *Reader's Digest* de febrero de 1963 apareció luego un informe, "El terrible poder del amor humano", por Ashley Montagu. El autor afirma que "sabemos ahora por las observaciones independientes de un número de médicos e investigadores que el amor es una parte esencial de la nutrición de todo bebé y que a menos que se lo ame no crecerá ni se desarrollará como un organismo sano en sus aspectos psicológico, espiritual o físico. Aun cuando en su aspecto físico esté bien alimentado, puede no obstante ir a menos y morir. . . La carencia del amor y el afecto normales puede resultar en una real deficiencia de crecimiento y en enanismo". Más adelante dice que "si la privación emocional puede ocasionar graves retardos en el crecimiento y el desarrollo físico, los efectos sobre el desarrollo de la personalidad y la conducta aparecen aún como más severos. El criminal, el delincuente, el neurótico, el psicópata, el asocial y otras formas similares de conducta desafortunada pueden rastrearse, en la mayoría de los casos, hasta una niñez falta de verdadero amor y de estabilidad emocional".

El problema con muchos padres de la actualidad es que definen erróneamente el amor. Creen que es suficiente darle al niño alimento, techo y vestido. Es mucho más fácil dar cosas que darnos a nosotros mismos. J. M. Drescher, en su artículo "Now is the time to love", publicado en *These Times*, marzo de 1970, dice: "No nos lamentemos del niño que no tiene una bicicleta o cuyos padres no le pueden comprar una enciclopedia. Compadezcamos al niño cuyos padres no tienen tiempo para vivir con él, para enseñarle, para jugar con él, para expresarle el amor que sienten en muchas, muchas maneras.

"Ahora es el tiempo de amar. Mañana el bebuto ya no necesitará que lo acunen; el chiquitín haciendo pinitos ya no preguntará '¿por qué?'; el escolar ya no necesitará ayuda para sus lecciones ni traerá a casa a sus amigos para divertirse un rato. Mañana el adolescente habrá hecho sus grandes decisiones, y mañana recordaremos el tiempo que empleamos o dejamos de emplear para nuestra familia.

"Hace un tiempo un juez participó los comentarios de un joven infractor acerca de su padre, un hombre respetable de la comunidad: 'Siempre oí que mi padre era un hombre excelente —dijo el muchacho—, pero nunca lo conocí. No tenía tiempo para mí'".

"Padres. . . combinad el cariño con la autoridad, la bondad y la simpatía con la firme represión. Dedicad a vuestros hijos algunas de vuestras horas de ocio; intimad con ellos; asociad con ellos en sus trabajos y juegos, y ganad su confianza" (*El Hogar Adventista*, pág. 199).

Además de una generosa porción de amor, nuestros hijos anhelan la seguridad del ejemplo y la orientación del adulto. La juventud de hoy clama contra la hipocresía y el mal desempeño por parte de los padres y de todos los adultos. Es tiempo de que *mostremos* a Jesús a nuestros hijos. En el libro ya citado de Miller, pág. 48, dice: "Creo que si un esposo y una esposa tratan honradamente de hallar la voluntad de Dios, los chicos de alguna manera se darán cuenta". Y en la página 46: "Aprendí que los niños ya conocen nuestras debilidades, las manifestaciones de nuestras faltas. Y cuando nos negamos a confesarlas, nuestros hijos ya no piensan que somos fuertes, sino que, o somos falsos o no podemos reconocer nuestras flaquezas".

"No hay obra más noble que podamos realizar, ni beneficio mayor que podamos conferir a la sociedad que darle a nuestros hijos una educación correcta, incul-

cánndoles, por precepto y por ejemplo, el importante principio de que la pureza de la vida y la sinceridad de propósito los calificará inmejorablemente para realizar su parte en el mundo" (*Fundamentals of Christian Education*, pág. 155).

Si queremos que nuestros hijos oren, tendremos que enseñarles orando con ellos, frente a ellos y por ellos.

Padres, vuestros conceptos sobre la integridad determinarán en gran medida los conceptos de vuestros hijos sobre la integridad.

Madres, la manera en que vestís decidirá en gran medida la manera en que vuestras hijas vistan.

Si deseamos hijos llenos del Espíritu tendremos que ser padres llenos del Espíritu. Las actitudes de nuestros hijos hacia la Iglesia Adventista, el pago del diezmo, la educación cristiana reflejarán en forma pasmosamente precisa los sentimientos, expresiones y ejemplos del padre y de la madre.

El principio teórico de los jóvenes drogadictos que dicen a sus padres "no me molestes por las drogas hasta que tú hayas dejado de beber licores" tiene cierta similitud que lleva a reflexionar cuando lo relacionamos con los problemas existentes en nuestros hogares e iglesias.

Permítanme compartir una convicción personal que atañe a nuestro asunto. Creo que los jóvenes, en su mayoría, son bien capaces de llevar más responsabilidades de las que les estamos confiando. Creo, además, que a menos que incorporemos en los años de su educación un entrenamiento en distintos ramos de servicio y una preparación para hacer frente a las realidades de la vida, arrostrarán la adultez completamente inhabilitados para asumir responsabilidades. Esta es una de las mayores diferencias entre nuestra sociedad urbanizada de hoy y la manera en que algunos de nosotros crecimos años atrás. Es animador observar que un gran número de jóvenes adventistas se está ofreciendo voluntariamente para servir en el ámbito local o en países de ultramar. Seguramente el Señor está motivando esto. Sepamos usar con provecho esas energías frescas.

Para concluir, si el vuestro es un hogar feliz y lleno del Espíritu, quiera el Señor seguir añadiendo sus bendiciones hasta que pronto él venga. Si veis que hay áreas donde deben realizarse mejoras y/o cambios, hacedlos. El Señor os fortalecerá y guiará. El quisiera que cada hogar fuera lleno del Espíritu. Si reconocéis que se han desperdiciado oportunidades y veis

¿Conocemos al Espíritu Santo?

R. ALLAN ANDERSON

Ex director de *The Ministry*

EN TODAS las religiones del mundo no hay nada que corresponda con la doctrina cristiana del Espíritu Santo. Y nada es más vital para la vida del cristiano que el tener conciencia de la presencia interna del Espíritu. Uno puede ser miembro bautizado de la iglesia y no obstante no conocer nada de esta experiencia. Cuando Pablo llegó a Efeso y se encontró con un pequeño grupo de creyentes notó una falta real en sus vidas, de modo que les preguntó: “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?” Conocemos la respuesta de ellos. No sólo no sabían nada de la experiencia sino que ni siquiera habían sido instruidos en cuanto al Espíritu. Y sin embargo la iglesia misma es la creación del Espíritu Santo. No constituimos una hermandad cultural, sino un cuerpo de hombres y mujeres renacidos.

Tener una teología del Espíritu Santo y no obstante no saber nada de su presencia o poder en nuestra vida es bien posible. Apolos, el pastor de la iglesia de Efeso, era un estudioso destacado y un predicador impactante. Había ganado notoriedad en Alejandría. Era un hombre “instruido”, “poderoso en las Escrituras”. “Enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor”. Tenía todo lo necesario para

que es demasiado tarde para frenar y contener vuestros hogares, mantened el ánimo. Nunca cejéis. Id a ese hijo o a esa hija, disculpaos si es necesario y aseguradles vuestro permanente amor e interés. Estamos cerca del fin de todas las cosas y la Palabra de Dios indica que este modo de proceder sucederá con seguridad en los últimos días (Mal. 4: 6, 7). Una descripción de esta profecía que se halla en *The Story of Redemption* expresa: “El corazón de los padres se volvió hacia sus hijos, y el corazón de los hijos hacia sus padres. . . Se hicieron sinceras confesiones y los miembros de la familia trabajaron por la salvación de los más cercanos y estimados”.

Quiera el Señor llenar así nuestro corazón y nuestros hogares con su Espíritu, para que su iglesia pronto pueda ser victoriosa.==

ser un gran líder, con excepción de una cosa muy necesaria —su vida carecía de un Pentecostés personal. Los pocos que componían su congregación eran desapañados en el servicio. Pero qué cambio ocurrió cuando el apóstol Pablo les predicó a Jesús en la plenitud del mensaje evangélico. Sus ojos se abrieron a una nueva vida. Fueron rebautizados y el Espíritu de Dios los llenó de poder.

Hoy nos reunimos como grupo de ministros de todas partes de la tierra. Hemos venido con un sentido de necesidad personal. Representamos miles de iglesias y cerca de tres millones de creyentes. Damos gracias a Dios por la expansión de este movimiento adventista, pero si Pablo visitara nuestras iglesias, ¿cuántas se hallarían en la misma trágica condición en que estaba la de Efeso? En realidad no se podía culpar a esos doce hombres. Carecían del poder de Dios porque su pastor, su predicador, nunca había conocido lo que era ser bautizado con el Espíritu de Dios. Era un hábil exegeta y un elocuente orador, pero no había un Pentecostés en su vida.

Escribiendo a los creyentes en Roma, Pablo les decía: “Deseo veros, para comunicaros algún don espiritual” (Rom. 1: 11). Sentía que tenía algo para impartir o compartir con ellos. Es obvio que nadie puede impartir lo que no tiene. Ahora preguntémonos con toda seriedad: Cuando volvamos a nuestras iglesias, ¿tendremos algo para impartir? Oh, sí, tendremos muchos relatos para contar. Habremos oído algunos informes maravillosos durante esta sesión. ¿Pero seremos capaces de impartir algún don espiritual?

En los tiempos antiguos Dios escogió a ciertos individuos y los designó para que hicieran “señales y prodigios”. Pero desde el Pentecostés todos son designados para lo mismo, porque el Espíritu Santo es derramado sobre *toda carne*. Es fácil servir de labios al Espíritu Santo porque conocemos el vocabulario de los apóstoles. Pero, ¿conocemos el poder de los apóstoles? Esos hombres habían sido todos llamados e instruidos y ordenados. Jesús dijo que ellos no eran “del mundo” y que habían sido guardados “por la palabra”. De manera que la posición de ellos era clara en lo que concernía a la salvación. Pero no



estaban equipados para el servicio. Como hombres regenerados ya habían recibido el don de la *vida* espiritual. Pero necesitaban recibir el don del *poder* espiritual. En la actualidad hay muchos cristianos extraordinarios que aman y sirven al Señor, pero que nunca han experimentado un Pentecostés personal. Quizá alguno de nosotros hoy, tal vez la mayoría de nosotros, estemos necesitando esa bendición. Y debido a nuestra carencia somos incapaces de impartir a nuestras congregaciones los dones espirituales a que tienen derecho.

Ahora bien, ¿qué es lo que hace tan importante el bautismo del Espíritu o el Pentecostés personal? ¿Qué hará esa experiencia por nosotros? 1) Nos hará poderosos en la oración. La oración es una tarea penosa e imposible sin el Espíritu Santo. "Pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros. . . porque conforme a la voluntad de Dios intercede" (Rom. 8: 26, 27). Antes del Pentecostés oramos *en* el Espíritu; después del Pentecostés el Espíritu ora *mediante* nosotros.

2) El Pentecostés trae libertad. "Donde está el Espíritu del Señor, hay libertad". No le puede alcanzar al cristiano una bendición mayor, y especialmente a un ministro, que ser librado de la lucha interna descrita en Romanos 7. Como obreros necesitamos vivir la experiencia de Romanos 8. Y debiéramos ser capaces de elevar a nuestras iglesias a esa experiencia.

3) El Pentecostés produce abundante vitalidad. El Espíritu de Dios crea cris-

tianos radiantes, gente cuyo interior es "una fuente de agua que salte para vida eterna". Creyentes anémicos se transforman en santos exuberantes. Estas bien conocidas palabras deben cobrar nuevo significado:

"Todos los que consagran su alma, su cuerpo y espíritu a Dios, recibirán constantemente una nueva medida de fuerzas físicas y mentales. Las inagotables provisiones del Cielo están a su disposición. Cristo les da el aliento de su propio espíritu, la vida de su propia vida. El Espíritu Santo despliega sus más altas energías para obrar en el corazón y la mente. La gracia de Dios amplía y multiplica sus facultades, y toda perfección de la naturaleza divina los auxilia en la obra de salvar almas. Por la cooperación con Cristo, son completos en él, y en su debilidad humana son habilitados para hacer las obras de la Omnipotencia" (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 755).

"Pero los dones del Espíritu son prometidos a todo creyente conforme a su necesidad para la obra del Señor. La promesa es tan categórica y fidedigna ahora como en los días de los apóstoles. 'Estas señales seguirán a los que creyeren'. Tal es el privilegio de los hijos de Dios, y la fe debe echar mano de todo lo que es posible tener como apoyo de la fe.

"Sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán'. Este mundo es un vasto lazareto, pero Cristo vino para sanar a los enfermos y proclamar liberación a los cautivos de Satanás. . . El Evangelio posee todavía el mismo poder, y ¿por qué no habríamos de presenciar hoy los mismos resultados?" (*Id.*, págs. 750, 751).

El Pentecostés produce ese poder. Jesús dijo: "Os doy potestad. . . sobre toda fuerza del enemigo" (Luc. 10: 19). El hombre necesita poder y ésa fue la última promesa de nuestro Señor antes de su ascensión. El don del Espíritu de Dios es un don de poder —poder para una vida santa y para una testificación efectiva. "No nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio" (2 Tim. 1: 7). Leemos: "De Dios es el poder" (Sal. 62: 11), y cuando el espíritu de poder se posesione de nosotros seremos dotados de todo tipo de poder necesario: intelectual, moral y espiritual. El Espíritu convierte a personas comunes en personalidades extraordinarias.

La obra de Dios depende del poder espiritual y ningún otro poder la hará. Lo que revolucionará al mundo no serán abstracciones alambicadas sino el poder de testigos vivientes. Cuando seamos completamente poseídos por el Espíritu de Dios, entonces seremos continuamente fortalecidos en el hombre interior (Efe. 3: 16). "Aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día" (2 Cor. 4: 16). Interroguémonos: ¿Le estoy dando al Espíritu Santo el lugar que le corresponde en mi vida?

El bautismo del Espíritu es una realidad definida y distinta, algo que está más allá del bautismo por agua. Eso fue lo que se les ordenó a los discípulos que esperaran. Su trabajo futuro exigía que fueran investidos con poder procedente de lo alto. Algunos de esos hombres habían sido discípulos de Juan el Bautista, quien había dicho: "Yo a la verdad os bautizo en agua. . . pero el que viene tras mí. . . es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego" (Mat. 3: 11). Juan vino como un cumplimiento parcial de la promesa: "Os envío el profeta Elías, antes que venga el día de Jehová, grande y terrible". Y ciertamente Elías fue un hombre poderoso, un profeta de fuego. Hizo volver a Dios a toda una nación. Y Juan fue del mismo tipo.

No sabemos nada de la niñez de Juan el Bautista, pero el ángel le dijo a su padre: "Será grande delante de Dios". El pueblo de Dios de aquel tiempo hacia frente a un gran desafío. Dios necesitaba un gran hombre. Había muchos hombres por ahí, pero todos eran demasiado pequeños. El ministerio de Juan fue breve, pero poderoso. Sus mensajes no fueron filosóficos, sino proféticos. La Palabra de Dios era en su mano como una espada aguda. Se abrió camino a través del pen-

samiento confuso y de la costra de un extinto formalismo. Llegó a todas las clases —al rico, al pobre, a los gobernantes de Israel, aun a los soldados romanos. Predicó en el espíritu y el poder de Elías y su obra fue un símbolo de lo que debe ser la nuestra.

Si se nos preguntara: "¿Dónde está el Señor Dios de Elías?" podríamos responder: "Donde siempre ha estado: en su trono". Pero la pregunta escrutadora de hoy es: "¿Dónde están los Elías del Señor Dios?" Tenemos el mensaje de Elías, pero ¿dónde está el poder de Elías? No sabemos casi nada de los antecedentes de Elías. La Escritura lo llama simplemente Elías el tisbita, de los habitantes de Galaad. No era ciertamente graduado en ninguna casa de altos estudios. Pero sin duda se había graduado en la escuela de Cristo. No necesitaba una credencial mayor. Hizo frente a una nación sumida en la inmoralidad, la idolatría y el pecado. Fue el hombre de Dios para una hora trágica. Es maravilloso cuando Dios se aferra a un hombre. Pero es aún más maravilloso cuando un hombre se aferra de Dios. He aquí su certificación académica: "Vino a él palabra de Jehová".

No importa *quién* sea un hombre. Significa poco lo que un hombre *sepa*. Pero lo que un hombre *es* lo abarca todo. En este período laodicense los creyentes están ciegos y desposeídos, pero son arrogantes; desnudos, pero no lo saben; pobres, pero cargados con todo el confort material; exclamando que no necesitan nada, y sin embargo necesitados de todo. Como ministros en el período laodicense necesitamos más que erudición o sana doctrina. Necesitamos unción. La "letra" no es suficiente. A menos que la letra sea inflamada por el Espíritu, no habrá vida en la iglesia. Fue una zarza en llamas la que atrajo a Moisés. El mundo está cansado de "hombres sueltos de vestido, pero más sueltos aun de lenguaje; que usan ríos de palabras, pero sólo una cucharada de unción; que saben más acerca de la competición que de la consagración, más sobre la promoción que sobre la oración, que cuidan más de la felicidad de la gente que de la santidad de la misma".

Leemos que Juan el Bautista no realizó milagros; es decir, no hizo ninguna demostración externa para probar su llamamiento. Su autoridad estaba en la Palabra. Sin embargo, como Elías, llevó nuevamente a la vida a una nación muerta. Hace doscientos años otro hombre llamado Juan fue enviado por Dios —Juan Wesley. Tenía el cerebro de un erudito, el celo de

un evangelista, la lengua de un orador. Pero fracasó en Georgia. Al volver a Inglaterra, abatido y desilusionado, fue a una reunión de oración en un aposento alto de Aldersgate. En esa atmósfera sintió su corazón "extrañamente cálido". Salió de ese lugar con una nueva visión y una nueva pasión. Fue llenado con el Espíritu de Dios. En trece años este hombre y sus colaboradores sacudieron tres reinos. El Señor le concedió cincuenta años más de vida y con un corazón como un volcán anduvo por las islas británicas como un incendiario, apartando a una nación del poder de Satanás hacia el de Dios. Se introdujo en áreas poseídas por el demonio y algunos historiadores afirman que la civilización occidental le debe más a Juan Wesley y sus colaboradores que a cualquier otro grupo. Ellos reformaron la iglesia, la sociedad y las prisiones. Y los derechos civiles nunca tuvieron más grandes campeones que estos predicadores impulsados por el Espíritu. Ciertamente eran eruditos, pero ninguna institución educacional podía confinarlos. Cuando no se les permitió que predicaran en las iglesias o aun en las ciudades, predicaron en los campos, y miles treparon a la cima del muro de Londres para oír a esos hombres de Dios. Ningún espíritu laodicense apagó su ardor. Los poderes del infierno temblaban cuando esos mensajeros de Dios desvainaban la espada de la Palabra. Conocían la realidad de Romanos 8: 37: "Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó". Predicaban al Cristo vivo.

¿Qué significa "somos más que vencedores"? preguntó un profesor de Biblia a uno de sus jóvenes alumnos. Este pensó un momento y luego contestó: "Cuando usted lucha con doce hombres y mata trece". Tal vez sea imperfecta esta respuesta, pero cierta, porque el demonio está siempre ahí. La justificación por la fe era el mensaje de ellos y vieron a los enemigos del rey caer a diestra y a siniestra cuando las flechas de la verdad penetraron en sus corazones. Como los judíos de antaño, cientos clamaron: "Varones hermanos, ¿qué haremos?" Y la respuesta fue tan precisa como real: "Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros. . . y recibiréis el don del Espíritu Santo". El poder del Pentecostés era otra vez evidente.

Dos de las mayores fuerzas de la naturaleza son el fuego y el viento, y ambas estuvieron presentes en el Pentecostés. Un automóvil puede tener un hermoso aspecto, pero no es útil hasta que no funciona su encendido. "Lenguas repartidas, como

de fuego", fue el símbolo sobresaliente en ese gran día. Los fuegos consumidores de Dios habían quemado toda la escoria del orgullo carnal y del temor y otorgado a los ciento veinte discípulos un poder sobrenatural que conmovió la más dura ciudad del mundo y trajo tres mil pecadores a Cristo en un solo día. El pecado en todas sus formas sutiles es ahuyentado cuando el fuego del Espíritu Santo hace su obra en el corazón humano.

La gran plaga de Londres en 1665 llevó a 60.000 personas a la muerte. Una séptima parte de la población pereció por el implacable cólera. La ciencia médica era impotente para detener el horrible avance de la muerte. Entonces ocurrió el gran incendio de Londres. Quemó grandes establecimientos, casas grandes, casas pequeñas, chozas, pero purgó el lugar de la plaga mortal. "La fiebre desapareció ante el fuego". En esta hora oscura en que la plaga del pecado está destruyendo nuestra juventud, necesitamos el fuego del Espíritu Santo. Leemos: "[Dios] es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos". Esto es maravilloso. ¿Pero por qué no lo hace ahora? Leamos el resto del versículo: "*Según el poder que actúa en nosotros*" (Efe. 3: 20).

¿Está ese poder obrando en usted, mi hermano, mi hermana? La iglesia comenzó con unos pocos hombres y mujeres que oraban en un aposento alto. Los miembros fundadores de la iglesia eran hombres ardorosos, no de alta posición. Aun el brillante Pablo fue considerado "loco". Pero él y unos pocos de sus colaboradores revolucionaron el mundo. Necesitamos lo que ellos tenían. Nuestro Dios no es sólo el Dios del pasado; es el Dios del presente —el Dios de la profecía. Cuando Pablo dijo al final de su ministerio "he peleado la buena batalla" cada demonio del infierno debe haber asentido, porque ellos sufrieron más por él de lo que él sufrió por ellos. ¿Y cuál fue el secreto de su poder? Cuando un hombre vino un día pretendiendo hacer lo que Pablo hacía, los demonios clamaron: "A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?"

El dijo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado". Pero ningún hombre puede crucificarse a sí mismo; debe ser crucificado por otro. Fue el Espíritu Santo el que crucificó a Pablo, de manera que pudo decir: Estoy muerto, no obstante estoy vivo; muerto a todo deseo concupiscente de reconocimiento, muerto a todas las modalidades del orgullo humano,

La Iglesia Llena del Espíritu

C. E. MOSELEY (h)

Secretario consejero de la Asoc. General

LA IGLESIA cristiana tuvo su comienzo en el Pentecostés. El poder pentecostal impulsó a la naciente iglesia en su misión. La tarea asignada a la iglesia fue la predicación del Evangelio en todo el mundo. Y la joven iglesia, llena del Espíritu, cumplió con su misión magníficamente.

La clave del éxito en esa misión la produjo el poder pentecostal. Después de días de oración escudriñadora y fervientes confesiones, los una vez inseguros discípulos creían ahora plenamente en el Señor resucitado. Cuando “estaban todos unánimes juntos” el Espíritu Santo se posesionó de ellos (Hech. 2: 1-4). Los discípulos llenos del Espíritu fueron capacitados para hacer una predicación tan llena de poder de Cristo y de sus promesas que el gentío de Jerusalén fue divinamente electrificado y miles fueron añadidos al cuerpo de creyentes. Hermanos, la plenitud del Espíritu Santo en nuestra vida es la clave del éxito en cualquier empresa en favor de Dios.

Desde el momento en que se le dio la comisión de predicar el Evangelio, la misión de la iglesia ha permanecido inalterable. Y la clave del éxito de esa misión es también la misma hasta hoy. El Señor que comisionó a la iglesia confirma este hecho. “El que cree en mí —dijo Jesús— como dice la Escritura, de su interior co-

rrerán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyensen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo” (Juan 7: 38, 39). Aquí el Señor promete que hombres de fe tendrán el poder del Espíritu fluyendo por ellos en corrientes vivificadoras, como un río corre por su cauce. Hombres leales a Dios pueden por lo tanto extraer poder vivo de la fuente de la salvación, y este poder fluirá a través de hombres poseídos hacia la vida de todos los que ellos toquen.

Feliz en verdad es la iglesia cuya feligresía está dotada de vida y del Espíritu. De hecho ésa es la “iglesia llena del Espíritu”, y esa sola es la iglesia de Cristo. Y ninguna iglesia puede esperar recibir esta lluvia tardía de poder a menos que y hasta que la mayoría de sus miembros haya purificado su alma y espíritu mediante el escudriñamiento del corazón, la oración y la perfecta fe y comunión con Cristo. (Véanse *Primeros Escritos*, pág. 71; *Testimonios para los Ministros*, págs. 514-521.) Es esa feligresía activa y llena del Espíritu la que el Cielo fusiona con el segundo Pentecostés: la abundante lluvia tardía para recoger la cosecha de la tierra.

“El gran derramamiento del Espíritu de Dios que ilumina toda la tierra con su gloria, no acontecerá hasta que tengamos un pueblo iluminado, que conozca por experiencia lo que significa ser colaboradores de Dios. Cuando nos hayamos consagrado plenamente y de todo corazón al servicio de Cristo, Dios lo reconocerá por un derramamiento sin medida de su Espíritu; pero no ocurrirá mientras que la mayor parte de la iglesia no colabore con Dios” (*Servicio Cristiano*, pág. 314).

Entre el primero y el segundo Pentecostés, las lluvias temprana y tardía, si así queremos denominarlas, es cuando contemplamos las crecientes dichas e infortunios de la iglesia viva. Y las pautas para ambos conceptos están significativamente reveladas en la preparación para el discipulado que el Señor había iniciado.

Recordemos que cuando los setenta volvieron de su primera misión de entrenamiento se regocijaron de que hasta los

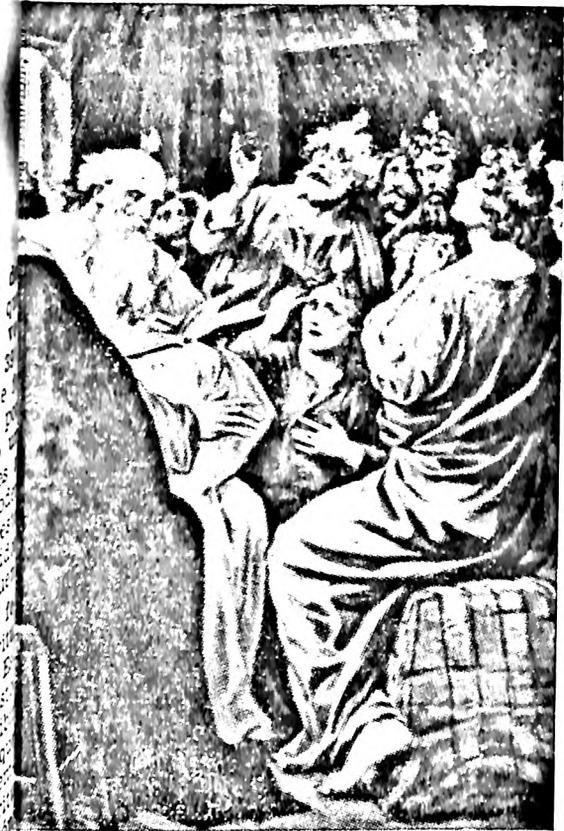
a todas las ofensas cuando se le da a alguien el crédito por algo que yo hice, muerto a la culpa y muerto al halago.

Cuarenta años atrás, cuando Samuel Chadwick, presidente del Cliff College y hombre bautizado por el Espíritu entrenaba a sus predicadores, éste era uno de los coros que cantaban:

“¡Gloria, gloria a Dios!

Mi corazón está limpio de pecado;
me he abandonado al Espíritu Santo
y su plenitud habita en mí”.

¿Podemos decir “me he abandonado al Espíritu Santo”? Nada menos que eso hará falta. Necesitamos el bautismo del Espíritu. Hagamos de esto nuestra primera preocupación durante estos días.==



Quando se examinan las circunstancias de suerte contrastante que plágaron la existencia de la iglesia primitiva, notamos que tienen relación con las condiciones comunes de la iglesia de la actualidad. En realidad la iglesia de hoy traicionaría su misión y nosotros los ministros seríamos menos que leales hombres de Dios si cerráramos nuestra mente al infortunio del cercenamiento que asalta a la iglesia remanente en más de una de sus fronteras. No hablaremos de esas áreas de cercenamiento. En lugar de eso, recurramos a un diagnóstico de la enfermedad y dejemos que el Cielo prescriba la cura.

Los hombres que comparten la buena fortuna del gran poder de Dios, por desgracia pierden ese poder cuando lo dan por sentado, como se verá en lo que sigue.

Mientras el Señor y tres de sus discípulos pasaban toda una noche en oración pidiendo poder para el día siguiente, los restantes nueve discípulos emplearon la misma noche en pequeñeces imaginarias que precipitaron una crisis que los despojó de su poder. Léase el relato en Mateo 17 y Marcos 9.

El Señor llevó a Pedro, Santiago y Juan a la montaña a orar. Les pidió a los nueve que quedaran al pie del monte y oraran. Los nueve sintieron esto como un desaire. Puesto que se les había pedido lo mismo en ocasiones anteriores, comenzaron a temer que se estuvieran convirtiendo en víctimas de la discriminación.

Chasqueados y malhumorados, no sintieron la necesidad de orar juntos como Jesús les solicitara. En vez de eso, pasaron las horas alimentando agravios imaginarios. Incubaron sus ofensas hasta que las dudas y el resentimiento hicieron presa de ellos. Crearon el clima en el que Satanás vive, y al debilitarse la fe en los planes del Señor, desapareció de sus vidas el poder sobre el enemigo y el demonio prevaleció. Los nueve no sintieron su pérdida hasta que fueron incapaces de arrojar fuera los demonios de un muchacho lunático. ¡Imaginemos eso! Hombres poseídos por el espíritu del demonio intentando arrojar demonios, ¡y los demonios burlándose de ellos!

Quando le preguntaron al Señor: “¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera?” el apesadumbrado Salvador respondió: “Por vuestra poca fe; porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza. . . nada os será imposible. Pero este género no sale sino con oración y ayuno” (Mat. 17: 19-21). En esa respuesta el Señor no diagnosticó simple-

endemoniados respondían al poder que les había sido otorgado (Luc. 10: 17-20). Después de lo cual, el divino instructor les recordó que era su poder el que había hecho posible esos afortunados triunfos y que sus gozos debían más bien centrarse en la obra que él realizaba por ellos en el cielo.

Recordemos que cuando los doce entraron en su trabajo misionero práctico el Señor de un modo similar “les dio autoridad sobre los espíritus inmundos”, “y saliendo, predicaban que los hombres se arrepintiesen”, y ellos “echaban fuera muchos demonios, y ungián con aceite a muchos enfermos, y los sanaban” (Mar. 6: 7-13).

Tomemos cuidadosa nota de que la suerte de esas misiones de entrenamiento, como la de los resultados que siguieron a la predicación pentecostal, dependieron del mismo significativo don del poder del Espíritu. Cristo “les dio autoridad [o poder]”, “fueron todos llenos del Espíritu Santo” y “el Espíritu les daba que hablasen”. Esta, hermanos, es la clave para una iglesia llena del Espíritu —hombres y mujeres llenos del Espíritu en nuestras feligresías. Esto sólo es lo que da esperanza para el poder espiritual en la iglesia.

Adorad a Aquel que Hizo

R. H. BROWN

Del Walla Walla College

CONCLUSION

A FIN de presentar una armonía entre los datos obtenidos mediante el esfuerzo científico y el testimonio aportado por la inspiración, uno debe disponer de modelos que tengan relación con ambos. Tales modelos incluyen una interpretación de los datos obtenidos mediante un estudio científico de la naturaleza, y también una interpretación de las declaraciones dadas por los profetas que han sido inspirados por Dios. La Iglesia

Adventista del Séptimo Día ha asumido la posición de afirmar que este tipo de modelo exitoso existe, que un "correcto entendimiento de ambas [la ciencia y la Palabra de Dios] siempre probará que se hallan en armonía" (*Testimonies*, tomo 8, pág. 258).

Es importante comprender con claridad la especificación o limitación que el cristianismo ortodoxo exige en el desarrollo de modelos para relacionar armo-

mente el mal de los nueve discípulos; ofreció una cura. Hizo más que llamar la atención a los enemigos del poder espiritual; ofreció restaurar el poder perdido.

La desobediencia, la falta de oración, la irritación, las dudas y resentimientos, todas facetas de la incredulidad en los planes del Salvador, produjeron la enfermedad que les robó a los nueve su poder. Las lecciones de la parábola de la semilla de mostaza les ofrecieron la fórmula divina para una cura específica.

"Si tuviereis fe como un grano de mostaza", dijo Jesús. Puesto que el grano de mostaza no tiene literalmente fe, debemos considerar sus características naturales y aprender la lección que enseña. El tamaño de la semilla no tiene importancia, porque la fe no viene en tamaños. Aunque se cuenta entre las semillas más pequeñas, alberga en su interior un principio de vida concebido por Dios. Bajo la influencia del calor del sol, la humedad de la lluvia y las corrientes eléctricas de la tierra, el Cielo moviliza las fuerzas vitales encerradas en la semilla. La semilla brotada hiende sus raíces en el seno de la tierra en busca de alimento y bebida y levanta su tierna cabeza para aprovechar la ayuda de la energía del sol. Tierna y succulenta, la planta en desarrollo es alimento apetecido por los animales grandes y pequeños; de pronto su cabeza arracimada cae a tierra por obra de un mero deador. ¿Pensáis que la planta muere porque ha perdido su cabeza? Oh, no, genera dos nuevas cabezas que crecen tan vigorosamente como la primera. Pero otra vez pierde sus dos nuevas cabezas devoradas por un animal hambriento. ¿Pensáis que muere por eso? No, no, genera aun

otras cabezas en su determinación de alcanzar la madurez de la vida y cumplir así su destino divino.

Cuando nos aferremos con tenacidad a las promesas e instrucciones de Dios, como la semilla de mostaza a la vida, nuestra fe moverá montañas de dificultades.

"Este género —advirtió el Señor— no sale sino con oración y ayuno". No con oración en el momento de la crisis y del infortunio. Tales oraciones son por lo general nacidas del temor, y con frecuencia sirven de poco. Es la vida de oración sistemática, la de elevación constante del alma hacia Dios la que produce una fe viva y llena de poder. Una fe fortalecida por el Espíritu es el único agente curativo para la enfermedad del pecado. Santiago dice: "Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará" (Sant. 5: 15).

Se puede ahora decir que cuando la iglesia de hoy se deshaga de sus enemigos; cuando los miembros de la iglesia llenos del Espíritu dejen a un lado la desobediencia y la falta de oración, los celos y el mal humor, los prejuicios y los resentimientos, entonces se logrará la unidad y la armonía en Cristo. El Señor Jesús soplará nuevamente sobre sus discípulos y ellos recibirán el don prometido del Espíritu Santo. La lluvia tardía caerá sobre la iglesia; una predicación llena del Espíritu cubrirá el mundo y el segundo Pentecostés recogerá la cosecha de la tierra. Ojalá la iglesia quiera orar fervientemente ahora: "Ven, Espíritu Santo, purifica nuestra vida y llena tu iglesia. Ven, Señor Jesús, y lleva a tu santa iglesia al hogar".=

niosamente la ciencia experimental con la revelación.

La primera especificación es que todas las entidades en el universo, sean visibles o invisibles, han sido creadas por Cristo. "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho" (Juan 1: 3). "En él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles. . . todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas" (Col. 1: 16, 17). "Tú hiciste los cielos, y los cielos de los cielos con todo su ejército, la tierra y todo lo que está en ella, los mares y todo lo que hay en ellos" (Neh. 9: 6). (Véanse también Heb. 1: 3; Efe. 3: 9; 1 Cor. 8: 6; Apoc. 14: 7; Isa. 45: 18.)

La segunda especificación es que el universo material no es independiente ni actúa por sí, sino que es una continua expresión de la voluntad de Dios. "Todas las cosas en él [en Jesucristo] subsisten (Col. 1: 17). "Sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él, y un Señor Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él" (1 Cor. 8: 6). "Tú hiciste los cielos, y los cielos de los cielos, con todo su ejército, la tierra y todo lo que está en ella, los mares y todo lo que hay en ellos; y tú vivificas todas estas cosas" (Neh. 9: 6). (Véase también *El Ministerio de Curación*, págs. 323-325.)

La tercera especificación no está explícitamente declarada en la Biblia pero es completamente consecuente con los requisitos más conservadores de la interpretación bíblica. Es que Dios trajo la materia elemental a la existencia durante el episodio de la creación descrito por Moisés. Esta especificación fue hecha en *Signs of the Times*, del 13 de marzo de 1884, por Elena de White, como sigue: "Moisés escribió bajo la conducción del Espíritu de Dios, y una correcta teoría de la geología, nunca pretenderá descubrimientos que no puedan ser compatibles con sus declaraciones. La idea con la cual tropiezan muchos, de que Dios no creó la materia cuando llamó al mundo a la existencia, limita el poder del Santo de Israel". En *Testimonies*, tomo 8, pág. 258 afirma: "La teoría de que Dios no creó la materia cuando llamó al mundo a la existencia no tiene fundamento. En la formación de nuestro mundo, Dios no dependía de la materia preexistente".

Ambos contextos y el empleo usual de los términos indican que el autor de esas declaraciones estaba hablando de la acti-

vidad creadora que ocurrió durante los primeros seis días de la creación como se describen en el libro del Génesis. Estas citas especifican con claridad que en la actividad creativa descrita por Moisés, Dios no dependía o estaba obligado por la materia preexistente, y que la materia elemental que previamente no existía, fue traída a la existencia durante este episodio creador. Las declaraciones no limitan la creación de la materia elemental a ninguna porción de la semana de la creación durante la cual el mundo a que se hace referencia en 2 Pedro 3: 6 fue traído a la existencia.

Puesto que Dios puede traer a la existencia a la materia elemental y es responsable por toda la materia elemental en el universo, muchos encuentran natural suponer que la materia elemental primaria fue traída a medida que se la requería en cada uno de los sucesos de la semana de la creación. La creación de Eva parece que claramente incluyera la introducción de materia elemental no existente en forma previa. Milagros tales como alimentar una multitud de 5.000 (Mat. 14: 13-21), la restauración de una mano seca (12: 9-13) y la sanidad dada a un hombre de más de cuarenta años que nunca había caminado (Hech. 3: 1-10; 4: 22) exigen materia elemental que inicialmente no se hallaba presente en el sitio específico en cuestión. Parecería innecesario y poco elegante para Dios, reunir del suelo, las rocas y el aire vecinos, los átomos necesarios en esos actos de creación.

La cuarta y quinta especificaciones tienen que ver con la historia de la vida orgánica en este planeta y las presenta el libro del Génesis. El libro del Génesis cayó en desuso cuando el darwinismo comenzó a dominar el pensamiento humano. Pero si el Génesis no puede ser considerado con seguridad en su significado más directo y evidente, los siguientes tampoco son dignos de confianza: Las Crónicas; los Salmos; los evangelios de Marcos, Lucas y Juan; las epístolas de Pablo, (particularmente Romanos, 1 Corintios y 1 Timoteo); las epístolas de Pedro y el libro de Judas. Los escritores de estas porciones de la Biblia expresan implícita confianza en la exactitud y confiabilidad del Génesis (1 Crón. 1; Sal. 19, 33, 95, 104, 136; Luc. 3: 23-28; Mar. 10: 6; Juan 5: 46, 47; Rom. 5; 1 Cor. 15: 22, 45; 1 Tim. 2: 13, 14; 1 Ped. 3: 20; 2 Ped. 2: 5; 3: 5, 6; Jud. 14).

Las palabras de nuestro Señor registradas en Juan 5: 46, 47 debieran ser suficiente respuesta para los cristianos para las preguntas concernientes a la integridad del Génesis. "Pero si no creéis a sus es-

critos [a los de Moisés], ¿cómo creeréis a mis palabras?" Para aquellos a quienes Jesús hablaba, los escritos de Moisés significaban claramente el Pentateuco —los primeros cinco libros de la Biblia. Es digno de destacar que en la declaración registrada en Juan 5: 47 Jesús dice "escritos", plural; de otro modo muchos podrían decir que se refirió sólo al Exodo, o Levítico, o Números o Deuteronomio.

Los capítulos 5 y 11 del Génesis contienen genealogías que no dejan al lector depender del significado indefinido de la palabra hebrea traducida como hijo. Esa palabra puede significar cualquier descendiente, y puede cubrir largos periodos. Las genealogías presentadas en Génesis 5 y 11 son únicas porque especifican la edad del padre en el momento del nacimiento del hijo, y la edad de ese hijo cuando él a su vez tiene un hijo. Así parece no haber más razón para no tomar en cuenta los capítulos 5 y 11 de Génesis de la que hay para restar consideración a las especificaciones que ese libro da acerca de la semana literal de la creación.

Los detalles de esas genealogías juntamente con la profecía registrada en Génesis 15: 13 establecen dos periodos de tiempo muy significativos: 1.656 años entre la conformación de la superficie de este planeta en un mundo ideal apto con vida animal y vegetal como se lo describe en los primeros dos capítulos del Génesis, y la destrucción de este mundo como está registrada en los capítulos 7 y 8 y en 2 Pedro 3: 6; un período de aproximadamente 900 años de duración entre la destrucción del mundo por el diluvio universal y el éxodo del pueblo hebreo de la esclavitud en Egipto. De estas deducciones pueden ser fácilmente extraídas las especificaciones restantes acerca de modelos para armonizar las observaciones científicas con el testimonio inspirado.

La cuarta especificación es que el episodio creativo que hizo surgir la vida en este planeta ocurrió hace aproximadamente 6.000 años.

De acuerdo con la quinta especificación, la fisonomía general de nuestro planeta como lo conocemos en la actualidad rige sólo desde hace aproximadamente 4.400 años, el tiempo que ha pasado desde el diluvio descrito en Génesis 7 y 8.

Algunos defensores de la ortodoxia agregan una especificación adicional haciendo que el término *tierra* designe a este planeta entero toda vez que los autores bíblicos la emplean en un sentido general. En esos casos críticos se puede esperar que la Biblia defina sus propios términos y no deje al lector dependiendo del uso

contemporáneo de las palabras escogidas por los traductores. La asociación de los términos "cielos" (atmósfera) y "mar" y "tierra" en Apocalipsis 14: 7 como también en el mandamiento referido al sábado, en Nehemías 9: 6, y Apocalipsis 10: 6, juntamente con la consideración de Génesis 6: 13 y 2 Pedro 3: 6 (el diluvio destruyó la organización de la superficie, no el planeta entero) indican que el término "tierra" como se lo emplea en la Biblia designa solamente la porción sólida de la superficie de nuestro planeta, o una particular organización de esa parte sólida, a menos que un significado más amplio o más limitado sea claramente exigido por el contexto.

Hay muchos que objetan la simple actitud de fe en la Palabra de Dios implícita en las especificaciones de los 6.000 y 4.400 años. Preguntan cómo se puede armonizar una limitación de 4.400 años con la antigüedad de las civilizaciones china y egipcia, con los datos resultantes del radiocarbono, y con ciertas observaciones geológicas. En respuesta a esas preguntas podemos expresar confianza en que ningún acto de la historia completamente verificado y que ninguna organización científica firmemente establecida contradice las claras enseñanzas de la Biblia. La información incompleta y las leyendas inexactas proveen amplias bases para especulaciones que no armonizan con las cinco especificaciones básicas consideradas anteriormente. Debemos tener confianza de que se puede confiar y depender de Dios a la perfección. Debemos confiar en sus revelaciones hasta que esté disponible una evidencia concluyente. Moisés nos proporciona una ilustración de la actitud que es necesaria para salvaguardarnos del error y de la pérdida de las bendiciones que podríamos obtener del compañerismo con Dios. Al escoger a un líder para el establecimiento de su obra en los tiempos del Antiguo Testamento, como en el caso de hacer de Pablo un pionero en el establecimiento de la iglesia cristiana, Dios eligió a un hombre de gran habilidad natural que había recibido la mejor educación que el mundo de aquel tiempo podía proveer. Cuarenta años exitosos como pastor le dieron a Moisés una experiencia con la flora y la fauna del desierto que agregó un inmenso y grandioso caudal de conocimiento práctico a la botánica y la zoología que él había estudiado en la universidad real de Egipto. El capítulo 4 del Exodo (vers. 3 y 4) describe una dramática situación en la que Moisés prudentemente huye de una serpiente grande y venenosa. Dios lo llama de entre la zarza

Cómo Tratar con la Gente

R. R. BIETZ

CONCLUSION

TERCERA RAZON PARA EL EXITO

JESUS logró éxito con la gente debido a que era considerado con los sentimientos de los demás. Leemos (Heb. 4: 15) acerca de Cristo que él puede compadecerse de nuestras debilidades. Y nuevamente, "no quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia" (Isa. 42: 3). Con respecto al método de Cristo para relacionarse con la gente, leemos en *El Camino a Cristo*: "Hablaban con el mayor tacto, cuidado y misericordiosa atención en su trato con las gentes. Nunca fue áspero, nunca habló una palabra severa innecesariamente, nunca dio a un alma sensible una pena innecesaria. No censuraba la debilidad humana. Hablaba la verdad, pero siempre con amor. Denunciaba la hipocresía, la incredulidad y la iniquidad; pero las lágrimas velaban su voz cuando profería sus fuertes reprensiones" (pág. 12).

Como dirigentes nos hallamos en una posición desde la que podemos ayudar o dañar, construir o destruir gente. Podemos hablar de un modo bondadoso y firme, o con ira y pasión. No es difícil que actuemos de acuerdo con nuestras caracte-

ardiente y le ordena a Moisés que se detenga y tome a la serpiente por la cola. Cualquiera que conoce a la serpiente sabe que Moisés no habría estado allí se hubiera hecho esto una vez antes. Para manifestar confianza en Dios y en su palabra Moisés hubo de forzarse a sí mismo, con el evidente riesgo de su vida, a actuar en forma contraria a su experiencia y educación previas. Moisés disfrutó de grandes bendiciones como resultado de responder con implícita confianza en Dios.

No se nos llama a nosotros a que tomemos por la cola a las serpientes agresivas y venenosas. Para muchos de nosotros la actitud de riesgo se halla en aceptar las enseñanzas de la Biblia concernientes a la facultad creadora de Dios y a su control de los fenómenos naturales; en el exhortar a los hombres de todas las nacionalidades y de todos los niveles y tipos de educación a adorar a Aquel que hizo "los cielos, la tierra y el mar y todo lo que en ellos hay".=

ísticas naturales. Hay algunos que piensan que levantar la mano es signo de madurez y valentía; pero sería más propio calificar eso de inmadurez y cobardía.

A veces oímos a algunos que dicen: "Le hablé sin rodeos porque se lo merecía, y lo sintió". "Le cargué doblemente la mano". Quizá se lo mereciera. ¿Qué se puede decir de su método? ¿Y qué hacer con el espíritu? En el trato con la gente, aun el cargar una mano se puede cuestionar. La fuerza de carácter no se revela oprimiendo el gatillo de las emociones, sino evitando aun el tomar puntería. Sería mejor decir la verdad con corazón antes que con rudeza. No estoy del todo convencido de que la gente reciba mucha ayuda por ese modo de decir las cosas con demasiada franqueza. La verdad dicha de esa manera generalmente rebota en la otra persona. La verdad dicha con el corazón alcanza el corazón.

CUARTA RAZON PARA EL EXITO

Jesús tuvo éxito en su trato con la gente porque buscaba lo mejor en la gente. Sin duda él creía que, como dice una poesía, hay mucho de bueno en lo peor de nosotros y mucho de malo en lo mejor de nosotros.

Cristo nunca magnificó los puntos débiles de la naturaleza humana. Siempre trató de hacer surgir lo mejor de la persona. María era pecadora. Simón era pecador. Cristo buscó lo mejor de ambos. El bien afloró a la superficie. Ambos se convirtieron en humildes y sinceros seguidores del Señor.

Fue a Lawrence de Arabia a quien, al llevarse tan bien con los árabes, se le preguntó cómo lo había logrado. Respondió: "Trato a todo árabe como a un inglés". El buscar lo mejor en los demás genera una actitud saludable. Conduce a la creatividad, a nuevos pensamientos, a nuevos descubrimientos, y favorece las mejores relaciones.

QUINTA RAZON PARA EL EXITO

Jesús tuvo en cuenta las emociones de la gente. Para entender y ver lo mejor en la gente uno debe comprender la parte que juegan las emociones en la vida. El Dr. William C. Menninger dice: "Muchas veces nos ponemos en contacto con un genio intelectual. Tiene un gran cociente in-

telectual pero en realidad es un 'herrero social'. No puede llevarse bien con la gente a pesar de ser tan brillante; debido a su brillantez nos hace sentir al resto de nosotros un poco incómodos". El hecho de que sea brillante no es ninguna garantía de que sea emocionalmente equilibrado. Todos somos criaturas emocionales.

Jessie S. Nierenberg, en su libro *Getting Through to People* dice: "La manera para que una persona se sienta cómoda cuando expresa una intensa emoción es aceptar ésta sin juzgarla o condenarla. Nunca le diga que no debiera sentir esa emoción particular. El hecho es que la siente y que no puede controlar la manera en que la siente. Las emociones no son controlables. Uno puede controlar lo que hace con respecto a las emociones, pero la experiencia de la emoción en sí no es más controlable que la secreción de los jugos gástricos o la circulación de la sangre" (pág. 61).

Jesús nos dejó un ejemplo de cómo tratar con personas que estallan emocionalmente. Hallándose en el patio de Caifás, Cristo oyó a Pedro que maldecía y negaba con vehemencia. Lo oyó no solamente una vez o dos sino tres. Cristo sabía que durante esa erupción emocional el Pedro que hablaba no era el Pedro real. Jesús miró a su pobre discípulo. Pedro miró a Jesús. Los ojos de ambos se encontraron. Pedro leyó profunda compasión y tristeza en el semblante de Cristo. No había ira allí. Era como si Cristo quisiera decirle: "¿Querrá el Pedro real ponerse de pie?" Luego de derramar sinceras lágrimas de arrepentimiento en el Getsemani el Pedro auténtico se levantó. Durante toda la vida se mantuvo fiel a la causa de Cristo.

Cuando nos sintamos tentados a desatar nuestras emociones haremos bien en recordar el consejo de Daniel Webster: "Mantente frío; la ira no es un argumento". Debemos tratar con gente que está emocionalmente lista para hablar pero no para argumentar. ¿Cuál es la razón de la ira individual? ¿La preocupación? ¿La pena? ¿La frustración o cualquiera otra cosa? Haga que esa persona hable de sus sentimientos. Acepte las emociones pero no las critique. Recuerde que existen muchos factores que pueden desatar las emociones. La diferencia entre la gente emocionalmente madura y la que no lo es, en la gran mayoría de los casos es la diferencia entre un hígado congestionado y uno normal; entre un estado de hipertiroidismo y otro sano; entre una baja presión y una normal; o entre un régimen alimentario crónicamente malsano y uno equilibrado; o es la diferencia entre

un hombre con una esposa regañona y machacona en su hogar y uno cuya esposa es una buena compañera; o es un hombre que no se casa debido a una fijación con su madre y uno que no está más atado a su madre por un afecto excesivo; o es un hombre acosado por la ansiedad de sostener a sus numerosos hijos o familiares con un sueldo muy reducido y uno sin apremios monetarios.

SEXTA RAZON PARA EL EXITO

Jesús sabía cómo tratar con los críticos. ¿Qué hacer con la persona que nos critica y nos difama? ¿Qué hace usted? Ante todo, un líder debe estar dispuesto a pagar el precio del liderazgo. La crítica es una buena parte del mismo. Si piensa que el precio es muy elevado, debiera descender a donde la crítica no sea tan costosa. No estoy sugiriendo que haya que invitar la crítica, pero cuando venga —y viene cuando quiere—, no debiera ser motivo de sorpresa y de pérdida del equilibrio.

Jesús dijo: "Bienaventurados sois cuando... digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo". Si es una bendición ser acusado falsamente, no haré nada por evitar la bendición. Mark Twain, luego de dar una de sus conferencias, fue severamente criticado. Uno de sus amigos le preguntó por qué no replicaba al crítico. El contestó: "Lo hice. Le di con una gran trozo de silencio".

El otro día estaba interesado en averiguar cómo respondió Jesús a las burlas y mofas y el ridículo de sus compañeros de trabajo en la carpintería. Elena de White dice: "Comenzaba a cantar uno de los hermosos salmos de David y sus compañeros antes de darse cuenta lo que estaban haciendo, se le unían en el himno" (*SDA Bible Commentary*, comentario de E. G. de White sobre Sant. 3: 2).

Debiéramos orar con fervor por esa clase de fortaleza interior. El fruto del Espíritu —amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza— ha sido prometido a todo el que lo desee. El Espíritu y la esposa dicen ven y toma gratuitamente del agua de la vida. Si poseemos ese Espíritu, entonces podremos imitar a Jesús en nuestro trato con la gente. Qué maravilloso sería si se pudiera decir de nosotros: "Ninguno que acudió se fue sin ayuda". La gente no sólo se sentiría mejor debido a nuestro trato con ella, sino que sería mejor. Sabría que nos interesamos en su bien y que no sólo somos sinceros sino íntegros; que tomamos en cuenta sus sentimientos y que siempre buscamos hallar sus mejores cualidades.==